

Los peregrinos de Emmaús

En el día tercero después de la crucifixión de Jesús, día solemne y maravilloso que había de ser memorable en el transcurso de los tiempos.

El sorprendente hecho sublimado como la creación del mundo y hermoso como el cielo que nos cobija y el sol que nos alumbraba, difundióse por todo Jerusalén y las vecinas comarcas. Los que fueran profanos a las doctrinas del Cristo mostraban asombro y temor, mientras en los creyentes fervorosos, hombres de buena voluntad y de sano corazón, todo era júbilo y contento y entusiasmo sin límites. En aquéllos dominaba un sentimiento de rencor y de codicia: en éstos, en cambio, la alegría bienhechora de haber visto realizada la divina promesa en que cifrará acaso su victoria y su triunfo como primeros soldados del Cristianismo.

Grande acontecimiento! Jesús había resucitado al tercer día como estaba escrito en los libros de Moisés. Y los falsos sacerdotes, venidos y atormentados por el remordimiento, retiráronse a sus templos.

Día magnífico y espléndido: el sol, más resplandeciente que nunca, había derramado sus tesoros de luz sobre la ciudad, cegaba con sus rayos a los incrédulos e inundaba de purísima claridad a los discípulos del Maestro, abriendo sus espíritus oscuros a la verdad suprema de lo inacabable, de lo eterno...

Había acontecido la resurrección del Cristo, Dios de Israel, Hijo de David... Nimbado de áureos y sutiles resplandores, como entre una nube impalpable y diáfana elevados los serenos ojos al Trono del Altísimo, el Rey de los judíos traspuso la losa sepulcral y desapareció en el éter...

Y, en tanto, los cristianos de Jerusalén estaban en gozosa fiesta por el magno suceso, arando ante el sepulcro los apóstoles, derramando lágrimas de mansedumbre y de consuelo las santas mujeres dos peregrinos, llamado el uno Cleofás, que siguieran al Mesías en sus predicaciones y milagros, caminaban hacia Emmaús, llenos de gran congoja. Habían salido de Jerusalén apenas despuntara el alba, y como no encontrasen a nadie en el camino, ignoraban la resurrección del Señor.

¡Qué profundo dolor y qué pesadumbre en el alma de aquellos discípulos humildes del Crucificado! Tanto les constriñó la terrible muerte de su Maestro, tanto habíales abatido la horrenda injusticia consumada y tan abrumados tenían el ánimo, que a duros esfuerzos podían andar. Apoyábanse en rústicos cayados, rendidos por el cansancio y la fatiga.

Empezaba a anoecer. Ni una sola nubecilla manchaba el firmamento azul; en el horizonte hundíase el sol en acuosas de oro; mecíanse las olivas al impulso suave de un venticello acariciador, y en la lejanía celeste percibíase un punto resplandeciente; la primera estrella. Era un momento de serenidad apacible, hora de beatitud y de meditación, en que el Universo entero reflejaba en su ambiente el glorioso triunfo de la cristiandad.

Los dos peregrinos detuvieronse un instante en la marcha, y el uno al otro comunicáronse los pensamientos angustiosos de todo el día. ¡Tristeza infinita, amargura inenarrable de los hombres faltos de amor y de fe! Dudaban de que el Cristo pudiera resucitar. Ellos darían sangre y su vida por la del Redentor; mas era tan extraordinario el milagro. ¿Cómo El, —pensaban, recordando las exclamaciones de los furiosos— que salvaría al pueblo israelita de la ruina y del libertinaje, no había podido salvarse a sí mismo?...

El más anciano de los dos reflexionó, sin embargo, y dijo: —Si era el Enviado de Dios, ¿por qué no ha de volver a nuestro mundo corporalmente? Si El era el Mesías verdadero podría realizar el milagro... ¿No había El vuelto a la vida a Lázaro y a la hija de Jairo?...

Y en su plática conmovedora, saturada de impaciencias y pesimismo, evocaban a Jesucristo expirando en la Cruz, y veían cómo la sangre que manaba de su costado resbalaba por su escarrocado cuerpo hasta regar la tierra; contemplaban, humillado ante los hombres; pero glorificado ante Dios, al Ser todo bondad y todo abnegación, que se había sacrificado por los pecadores para que sus culpas fuesen perdonadas, para que en la hora de la justicia suprema el bien triunfara sobre el mal, y la virtud sobre el egoísmo.

Absortos estaban en tan dolorosas evocaciones, cuando presentóse ante ellos un romano pobremente vestido que iba también a Emmaús. Saludáronse y fueron amigos. Entonces el caminante desconocido ejerció en las pláticas de los peregrinos:

—Criste decía, el Hijo de Dios?.. Ha muerto crucificado, pero su resurrección asombrará a sus enemigos. ¿Tan pobres sois de espíritu y tan faltos de fe sentís que no creéis en la resurrección

del Cristo?... Curad vuestra alma de tales desconsuelos y de tales dudas, porque El ha de cumplir la profecía...

Pero los discípulos de Jesús no lo creían aún.

—No presenciásteis días atrás—exclamaba el romano—con qué confianza daba salud a los enfermos del cuerpo y a los enfermos del alma, con qué ternura alentaba a los débiles de corazón, y enseñaba a los ignorantes, y compadecía a los ingratos?... Los calumniadores eran bendecidos por El.

Y tampoco sentían los dos peregrinos el convencimiento de que su amado Maestro resucitara de entre los muertos.

—No ha perecido—prosiguió el romano hermano—por la cobardía de vuestro espíritu, como pensásteis, sino por confundir vuestra idolatría y anunciaros la destrucción del mundo. Si El tenía fe inquebrantable en el Dios de la Creación, ¿cómo vosotros dejáis de tenerla en su Hijo, que es la encarnación de vuestra dicha por siglos y generaciones?... Ha venido a redimirnos, a hacernos buenos y generosos; ha venido para librarnos de la ignominia de la opresión, para encender en vuestros pechos el entusiasmo de los gozos espirituales, y en vuestros ojos la luz de la verdad. Su misericordia y su sacrificio os arrancará de las tinieblas en que os habíais sumido por las miserias de la carne...

Maravillados estaban los peregrinos de las dulces palabras del inesperado romano... Y seguían camino adelante, saturados ya de la fe que un momento se extinguiera en su corazón.

Próximo ya al término del viaje, los tres peregrinos quisieron reparar las fuerzas perdidas y apagar la sed que abrasaba sus labios.

Entraron en una posada y sirviéronles de comer y de beber. Humedecieron sus bocas los peregrinos de Emmaús, y el hermano desconocido tomó en sus manos el pan...

Miráronse entonces el uno al otro llenos de confusión y de inquietud, exaltados y conmovibles, brillantes sus pupilas por las lágrimas de felicidad que las empañaban... Quisieron hablar al romano amigo, pero no les fué posible articular una palabra tan solo...

Cayeron de hinojos ante él... Y os que habían visto cómo sus manos de limpiísima alburá partían el pan. Sólo Jesús partiólo en aquella forma... Las manos que veían blancas como la pureza y la inocencia misma, eran las manos amorosas del Maestro que tantas veces habían besado. Y contemplaron atónitos el encanto.

Se había aparecido a ellos el Crucificado en figura de tosco peregrino para infundirles con mayor arraigo la creencia en las cristianas doctrinas y la confianza en el Dios que les daría la salvación de su alma.

Fué todo como la transformación del pensamiento en palabra. El Cristo transformáronse en la estancia, y envuelto en resplandores de azul y de oro, irrisado el semblante de preciosísimos reflejos, rebozando majestad y grandeza, se hizo intangible en la divina polioroma de la atmósfera.

Alfredo CABANILLAS.

La tirada de EL MUNDO es de 1.350 ejemplares.

Glosario místico

Bíblicos rosales de Gethsemani, que en la tarde pura disteis vuestro olor a los pies llagados de Nuestro Señor! A velar el éxtasis del dulce Rabi tramonto el azul la blanca paloma. El alma del huerto de Gethsemani como una plegaria le daba su aroma!

El trazó las místicas sendas ideales de nuestras gloradas espirituales; dió vida a los muertos y a los ciegos luz. Ungió a Magdalena de su santidad y un negro patibulo de oprobio y crueldad convirtió en un símbolo de Gracia: la Cruz

El dulce Maestro de Marta y María palabras lo mismo que estrellas decía y en un hijo dulce de clara poesía de su boca exangüe lo Eterno fluita. Pero halló a un acento sordo el cerazón del mundo y la vista ciega a su Pasión. Bíblicos rosales de Gethsemani: ¿volverá la sombra del dulce Rabi?

Yo en mi ánima espero que vuelva el Señor unguido de luz, florido en amor; que vuelva a mostrarnos los claros caminos a los macerados, tristes peregrinos. Al alma que, acaso, presente y espera un nuevo camino, tras la gusana, porque a veces sienta que, en su fondo interno, cae una chipita de luz de lo Eterno.

Bíblico rosal que le diste oler, paloma que arrullas le diste también, ¡otro áureo domingo volverá el Señor a entrar, entre palmas, en Jerusalén!

E. CARRER.

DIOS

Dónde aientas tu trono no acierta a concebir mi fantasía; cómo le diste tono a la noche y al día no puede comprender la mente mía.

Mas tu flujo eminente, ¡oh Señor de los cielos y la tierra!, llega a mi como fuente que baja de la sierra, empapada en fresca corriente.

Y te miro en la gloria que esparcen por lo alto la estrellas; y en esta transitoria vida, de cosas bellas, leo la página amante de tu historia.

Con discurrir incierto el osado mortal llegó a negarte: mas Tú le habres un puerto de asilo en toda parte, y en cada asilo brillas descubierta:

que, cual Padre amoroso, no miras su maldad ni desatino. Tú le cierras piadoso del dolor el camino,

y abres manión de calma y de reposo. El que hacia Ti se atiende y aspira a tus primores y grandeza, desde que el día se enciende hasta que vaga empieza

la noche, donde pierde fortaleza, lleno de gozo puro, se entrega a la esperanza sosegado: en Ti vive seguro,

¡faro de luz amado!, ¡panal de ricas mieles deseado! Si mi lira acertara a concertarse en notas inmortales:

Señor, yo recontara feliz a los mortales el triunfo de tus horas eternas... Mas sería loco intento mover al hombre de la fe caído:

no abre su pensamiento, ni aperece su oído, en el error o duda empedernido. De la verdad se aparta y bebe del placer la copa hirviente;

y está de pesar haría su vida, y no presente que es la verdad el bálsamo eficiente. No recuerda el espanto de Pentápolis torpe, maldecida:

ni el estrago y el llanto cuando Baia, vencida, arrasada quedó hasta el templo santo. Yo sí, Señor, te adoro: ya dejé los placeres desolado y te recuerdo y oro;

no me agita el cuidado de otra luz que no sea la de tu coro. Señor, que entre loores, de mi patria presides en la historia, Señor de mis mayores: retorna la memoria a la traidora ira, a los dolores,

que ya su faz adusta vuelven hacia esta prole descuidada. ¡A darle fe robusta, mueve, Señor, el filo de tu espada! Mas no... ¡Mueve tu gracia delicada!

RAFAEL A. DELIGNÉ

El amor de Magdalena

(OROQUIS BÍBLICO)

Blonda como un trigal la cabellera que al viento en rizos y al desgaire vaga: los ojos de un azul color de cielo, con reflejos de aurora en la mirada; erguido el busto escultural: los labios con la expresión de la bondad del alma, y la luz y la brisa jugueteando en los contornos de su veta blanca, va Jesús, sobre el lago Tiberiades, de pie en la popa de su fragil barca.

En la orilla del lago, recogiendo conchas y flores y campestres galas para adornar su espléndida hermosura, que es asombro y orgullo de su raza, está la galilea de ojos de fuego, la volubre y fastuosa cortesana, ante la cual los corazones tiemblan y en el deleite del amor se embriagan.

Ve a Jesús, y algo sienta que la turba, pero no es la ansiedad lasciva y vana que despierta su ser cuando a otros hombres tiende la red de sus desnudas gracias, sino el ardor de una pasión intensa que la enciende, seduce y avasalla, y hace olvidar el mundo y sus placeres: ¡es un amor en que se abisma el alma!

La tarde ya adormece sus fulgores en las linas del lago, en la montaña; el crepusculo en sombra va envolviéndose, y hay como convulsiones de borrascas en el rugido del soplar del viento, contra el que lucha con vigor la barca.

Por la orilla del lago, jadeante, con los cabellos en desorden, pálida, como la evocación de un sueño lúgubre, la infeliz hija ardiente de Magdala corre, invocando la piedad divina, para que salve del peligro al nauta a quien quiere ofrecer el sacrificio de morir junto a él entre las aguas.

Jesús, entonces, a la vista atónita de aquella que lo sigue y que lo ama, tiende la mano; y al conjuro, cesa el furioso clamor de la borrasca; y, al suspiro apacible del alvanto, la leve arena de la orilla alcanza.

A los pies del gallardo nazareno, Magdalena, la impúdica, se abraza e imprime en ellos, como ofrenda, un beso de amor, purificado por sus lágrimas.

Jesús de la ignominia la redime: su amor le da también la pura y casta pasión que El siente por quien cae, rendido, sin fe en un Dios que las conciencias salva; y envolviéndola en luz, dándole el beso feliz de su perdón y de su gracia, hace así de la triste pecadora la más bella y sublime de las santas.

JOSE JOAQUÍN PÉREZ.

LA MUCHEDUMBRE

Por la condesa de Pardo Bazán

Y sucedió que Silas, uno de los Principes de los sacerdotes, amigo particular y confidente de Pilatos, le habló reservadamente la tarde del día en que Jesús entró en Jerusalén entre ramos de palmas.

El pretor escuchaba, cogiéndose con la mano derecha el rasurado mentón y frunciendo las recias cejas, entreceñas ya. El de la Sinagoga precipitaba anheloso las frases, añadía detalles menudos, anunciaba catástrofes próximas y pavorosas, que destruirían la ciudad sagrada al entregarla a las turbas venidas de todas partes, hasta de los confines del desierto.

—Quisiera—repeta—que hubieses presenciado el tumulto de esta mañana, y verías cómo en mis palabras sólo hay verdad. Por dondequiera le siguen; arrastra un inmenso gentío. Si quisiese juntar un ejército de cien mil hombres, con cayadas y hondas, en veinticuatro horas lo verías ondear al Sol, en la llanura, cual trigo maduro. ¿Que harías entonces? A su paso se alzan las muchedumbres, rumorosas como el mar. Creen en su magia, en las curaciones que hace a cada momento. Besan el suelo. Se arrojan a él. Tienden ante sus pies, por alfombra, sus mantos nuevos. Deshojan flores para que las pise. Una sola palabra suya, ¡oh representante del sacro Emperador!, puede incendiar a toda Judea en un instante, como arden los pinos embutidos de resina en la canícula, en el espacio de muchas leguas. Ten cuidado, mira que es grave el peligro. Tú no ignoras que se empieza buscando el dominio espiritual y se acaba por procurar el material. Es un hombre descendiente de David y quiere ser Rey efectivo de Israel.

Alzó la cabeza Pilatos. Una sonrisa inteligente plegó su boca.

—Según eso—murmuró—, Rabi Jesús es amado por la multitud? ¿Y en eso ves tú, oh Silas, un riesgo para el César y para la exoelsa Roma? ¿Acaso aquí, entre vosotros no se presentan a cada instante excitadores de multitudes, profetas y nuncios de buenas nuevas, como Juan, el comedor de langostas y de miel silvestre, cuya cabeza fué truncada? Siempre estás en fermentación. Sois un mosto impaciente que rompe los aros del tonel y se desborda.

Por lo mismo—replicó Silas—, te prevengo contra una amenaza constante. ¿Nada te dice ese modo de ser de nuestra gente? ¿No ves los sucesos que se avencinan? Ayer fué Juan; hoy, Jesús de Nazaret. Más temible me parece éste que el otro.

—He oído decir—interrumpió Pilatos—que es dulce y bueno ese hombre a quien tanto odiais los de la Sinagoga.

—¡Ah!—exclamó con vehemencia Silas—. ¡En eso está la fuerza que posee! En su habla, que va como flecha a los corazones; en su vivir puro y penitente, en su inalterable misericordia. A todos habla amoroso; no desdena el trato de publicanos y pecadores, y jamás piensa en vengar ofensa alguna. Un corderillo de Galaad sería más fiero.

Volvió el pretor a sonreír, con destellos claros de malicia desengañada en sus ojos de gruesos párpados.

—Y si Rabi Jesús es como tú le retratas, ¿por qué os ensañáis con él?

Con impetuosa pasión respondió Silas: —Porque alborota al pueblo y va a ser causa de graves trastornos. Porque es señor de las muchedumbres, que vienen en pos de él, y a su paso se junta toda la gente de la ciudad, y se alzan las aldeas, y acuden tropeleros con enfermos en camillas, y llegan de la Idumea, y del Transjordán, y de Tiro y Sidón. Si tú, pretor, no juzgas que en esto hay desorden, ya te explicarás ante el César. Nosotros, la Sinagoga, lo entendemos de otro modo.

—Proceded según vuestra convicción, Silas—contestó ya seriamente el romano—. Por mí, no hallaréis óbáculo a vuestra justicia. Mas en verdad os digo que si el Rabi creyese contar con la muchedumbre, será como apoyar la mano en un remolino de espuma. Tornadiza y antojadiza es la muchedumbre, y, además, ingrata y pronta en olvidar los bienes; la experiencia te lo demostrará.

Silas, meditando, abrió lentamente la boca para la réplica.

—Los tiene muy embaucados ese seductor—dijo al fin, suspirando—. Creen en él con fe inextinguible.

Un leve encogimiento de hombros fué la respuesta de Pilatos. Mandó que trajesen vino enfriado en nieve, frutas y tortas de miel con cominos. No quiso Silas aceptar el obsequio. Su mente estaba llena de ansias de dureza y violencia; anhelaba correr a la Sinagoga, cuanto antes.

—No mucho después, era llegada la hora sombría y el poder de las tinieblas. Golpeado y escarnecido, Jesús subía al Calvario. Silas se incorporó al triste séquito. En sus eides resonaban aún las exclamaciones del día triunfal. Creía sentir el aire agitado por el ondular de las palmas, que la multitud columpiaba rit-

micamente; la música de las flautas sonaba dulzona; pero los ¡hosannas! clamorosos cubrían el ruido de los instrumentos. Las flores, pisadas, exhalaban su alma fragante. Elrotecillo del seno que montaba el hijo de David percutía en las piedras de la ruta, y los niños, precipitándose, besaban los descalzados pies de su amigo, que pendían a ambos lados de los ijares de la manana bestia. Y Silas, trémulo, con un sudor que humedecía sus sienes, oía ahora sobre la ruda calzada el fragoroso estrépito de las pesadas herraduras de la caballería romana que escoltaba al reo hasta el lugar del suplicio. Ya en él, veía que, en vez de arrojarle ropas para mullir su paso le quitaban violenta y despiadadamente, como a zarpazos, las propias vestiduras y a los dados las jugaban. Ya no subía al cielo el coro de bendiciones y los cánticos que celebraban la gloria del Rey de Israel, lo que se oía eran bárbaras blasfemias, burlas, provocaciones irónicas, la chanzoneta feroz de los sacerdotes y de los escribas al invitar a Cristo a que bajase de la cruz, a que se redimiese a sí propio. Y Silas, en vez de imitarles temblaba: un dolor amargo como la hiel que ofrecían al Rabi, le oprimía, quitándole la respiración. Cuando rasgó el espacio la gran voz que dió el Crucificado para expirar, bajó el de la Sinagoga con inseguras piernas, sin volver la vista atrás, y por las calles casi solitarias a aquella hora de sol y de calor sofocante, se encaminó al Pretorio.

Encontró a Pilatos encapotada la faz. Su mujer le había reprendido a causa de Jesús, porque creía en él. Y su conciencia también clamaba allí en lo hondo, gritándole que había sido débil en este proceso contra un justo. Estaba quejoso de sí mismo. No podía perdonarse el haber dado suelta al facineroso Barrabás. Y al ver a Silas, que le había incitado a tal claudicación, se desahogó injuriándole.

—¿Vienes a complacerte en vuestra obra de perros? La sangre inocente, ¿no se os sube a la boca, no la escupís? En esta ocasión, Silas, estoy por creer que decía bien el Rabi cuando os llamaba sepulchros blanqueados. Yo cedí a la muchedumbre; fué ella la que pidió ver libre al asesino Barrabás... Bien lo sabes. Silas callaba. Cruzadas las manos bajo el manto, agachada la cabeza, se movían sus labios como si quisiese decir algo y no pudiese o no acertase. Parpadeaba, y un ligero velo de cristal se extendía en sus pupilas.

—Tenias razón, pretor—balbució por fin—. Estaba ciego, estaba furioso... Cuanto me vaticinaste se ha realizado.

—El Itabi ha sido abandonado por todos? ¿Lo ves?

—Por todos, noble pretor... ¿Lo creáis? ¡Ilasta por sus discípulos! Y el que le vendió por dinero, discípulo suyo también... De aquella muchedumbre entusiasta, de aquellos que entonaban hosannas, ni uno, a la hora del suplicio... Y, sólo, me pareció más terrible. Su soledad era como un ejército ordenado en haces...

—¿Estabas tú «allí» cuando le alzaron?—interrogó Pilatos tétricamente.

—Allí estaba. Sólo algunas mujeres y un discípulo se atrevieron...

—¿Y la Patulea?—Pilatos sonreía otra vez, con todo el acibar de su vieja experiencia de la Humanidad.

Silas se dejó caer en un banco de la terraza. Juntó las manos sobre la frente y gemió:

—Ya lo sabes. Lo que tú anunciaste: capuma.

—¿Pues qué más quieres, qué más queréis los de la Sinagoga?—articuló con frío desprecio Pilatos.

—¡Ah! Ellos pueden que crean haber venido para siempre, con este escarmiento, al espíritu del Rabi... Pueden que crean haber apagado el eco de aquella Voz, de aquella Voz tremenda, que acaba de retumbar en la misma Cruz... Y yo también lo creía; y ahora, pretor, creo todo lo contrario. El Rabi volverá a ser aclamado. En la agonía, su frente despedía luz. He sido un miserable. Donde se junten los que sigan sus huellas, allí estará Silas.

El pretor apretaba los dientes, con sorda cólera. Y, amenazando con el puño en la cintura, masculló:

—¡La multitud! ¡Caiga sobre ella la maldición!

JESÚS

Jesús, incomparable perdonador de injusticias. Oyes; Sembrador de trigo, dame el tierno Pan de tus hostias; dame contra el sañudo infierno Una gracia lustral de iras y lujurias.

Dime que este espantoso horror de la agonía que me obseda, es no más de mi culpa nefanda. Que al morir hallaré la luz de un nuevo día y que entonces oíré mi «Levántate y anda!»

RUBÉN DARÍO.